

PALABRAS COMO GOLPES
En torno a la concepción causal de la metáfora
de Donald Davidson

Federico Burdman

Federico Burdman

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas
 Universidad de Buenos Aires
 Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales

Palabras como golpes: en torno a la concepción causal de la metáfora de Donald Davidson**Resumen**

En este trabajo analizo el entramado conceptual de la concepción causal de la metáfora (Davidson 1978). Para ello me enfocaré en primer lugar en su discusión con las concepciones semánticas, lo que nos llevará a discutir el tratamiento davidsoniano de la noción de significado y su distinción entre *significado de la oración* y *significado del hablante*. Luego plantearé un problema interno a este enfoque, en términos de cómo entender esta última distinción dentro del marco nominalista del pragmatismo davidsoniano. Finalmente, analizaré las consecuencias de adoptar este enfoque a la hora de pensar a las metáforas como vehículos para la transmisión de contenido cognitivo.

Palabras clave

Significado –significado de la oración –significado del hablante –contenido cognitivo –pragmatismo

Striking words: a look into Donald Davidson's causal account of metaphor**Abstract**

In this paper I look into the conceptual fabric of the causal account of metaphor (Davidson 1978). I will first focus on its debate with prior semantic accounts, which will lead us towards Davidson's treatment of the notion of meaning and his distinction between *sentence meaning* and *speaker's meaning*. I will then present what I take to be an internal problem for the causal account, in terms of how to make viable Davidson's distinction within the framework of his pragmatist nominalism. In conclusion, I will look into the

consequences of embracing a causal account for the idea of metaphors as vehicles for the transmission of cognitive content.

Keywords

Meaning –sentence meaning –speaker's meaning –cognitive content–pragmatism

Recibido: 07/09/2015. Aprobado: 28/11/2015.

I. LA CONCEPCIÓN CAUSAL EN EL MARCO DEL DEBATE CLÁSICO SOBRE LA METÁFORA

La metáfora ha sido considerada tradicionalmente como la característica por excelencia del uso poético del lenguaje, pero no ha gozado siempre de buena reputación en filosofía. Una tradición antigua, con raíces profundas en el tratamiento platónico de la poesía en la *República*, vio en los enunciados metafóricos el paradigma de un uso desviado del lenguaje. La metáfora para esta tradición es una herramienta ajena a la empresa epistemológica, que tiene lugar exclusivamente en el terreno del lenguaje serio, informativo, literal, y hasta se ha planteado en ocasiones, a partir de esta visión, la necesidad de censurar al uso metafórico del lenguaje por “profesar abiertamente el engaño” (Hobbes 1651, I, 8). Todavía para la filosofía analítica clásica, en la discusión en torno al criterio verificacionista del significado de los empiristas lógicos, la función epistémico/cognitiva del lenguaje era pensada a partir de una dicotomía crucial entre los enunciados informativos con contenido empírico y los usos lingüísticos con valor puramente emotivo o expresivo pero carentes de valor cognoscitivo (véase Ayer 1937, Carnap 1932).

Desde una perspectiva contemporánea, parece innegable que la metáfora se ha vuelto un tópico de interés central no sólo para la poética, la retórica y la estética, sino igualmente para la filosofía de la ciencia, la filosofía de la mente y la filosofía del lenguaje. A contramano de la tradición platónica, se ha vuelto común pensar que los usos metafóricos del lenguaje tienen un papel epistemológico crucial en la cons-

trucción de modelos teóricos, como organizadores de espacios de referencias teóricas, como fuentes heurísticas para la sugerencia de ideas e hipótesis, o en la introducción de innovaciones conceptuales que se abran lugar, a partir de construcciones metafóricas, en ‘juegos de lenguaje’ donde los recursos de la literalidad no se hallan todavía disponibles para articular un campo de ideas revolucionarias¹. Adicionalmente, a partir del trabajo de Lakoff y Johnson entre la filosofía de la mente y la filosofía del lenguaje (por ejemplo, en Lakoff y Johnson 1980), ha recobrado fuerza la hipótesis -de inspiración nietzscheana- de la metafóricidad esencial de toda práctica lingüística, en cuanto el uso metafórico es ubicado como un dispositivo central en la conformación de nuestras estructuras conceptuales y, por tanto, de nuestras vidas cognitivas.

A partir del renovado interés por el papel de los usos metafóricos del lenguaje en estas diversas áreas a partir de la segunda mitad del siglo pasado, resurgió igualmente la discusión teórica respecto de cómo conceptualizar a la metáfora en tanto fenómeno lingüístico, resultando en la producción de una gran cantidad de trabajos en filosofía del lenguaje y en lingüística para abordar diferentes aspectos de los usos metafóricos del lenguaje. La pregunta central de este campo de discusiones ha sido tradicionalmente la pregunta por la relación entre el lenguaje metafórico y el literal -en caso de que consideremos útil mantener aun esa distinción-; y en particular, la pregunta en torno a si la comprensión del lenguaje metafórico involucra algo diferente, un tipo de conocimiento o habilidad diferente de la que requiere la interpretación del lenguaje no-metafórico; y, a partir de ahí, cómo se

¹ Este modo de pensar el papel de las metáforas en las teorías científicas se volvió más común a partir de la caída en desgracia de la llamada “concepción heredada” en filosofía de las ciencias y, en particular, a partir de la obra de Kuhn. Para una discusión de algunas derivaciones de estas ideas en la filosofía de las ciencias actual, véase Rivadulla 2006.

relaciona la comprensión de una metáfora con la comprensión de las palabras que componen su expresión, según su sentido literal; y finalmente, si se tratara de un fenómeno que deberíamos ubicar en el nivel del significado (o el uso) de las palabras, de las oraciones o de las emisiones. Una discusión que acaparó buena parte de este debate clásico, y que será central para nosotros en lo que sigue, es precisamente la discusión en torno a si debemos entender la especificidad del fenómeno metafórico en términos de algo que las metáforas propiamente *significan*, es decir si la distinción que hemos de trazar es entre modos metafóricos y modos literales, o no-metafóricos, de significar, ubicando a la metáfora en el campo de lo semántico, o si debemos, en cambio, optar por otros niveles de análisis².

Dentro de los filósofos que se tomaron en serio la metáfora, la posición que razonablemente podríamos llamar ‘clásica’ se basa en la propuesta de que, para explicar lo que sucede en los usos metafóricos del lenguaje, debemos invocar alguna variante de la idea de que las palabras que componen la emisión en cuestión, o la proposición denotada por ellas, adquieren en ese uso un significado no-estándar, o metafórico. El que muchos enunciados metafóricos sean absurdos interpretados de modo literal (‘Julietta es el sol’) llevó a varios teóricos de la metáfora a proponer que la comprensión del absurdo literal nos conduce a otorgar a tales oraciones un significado diferente del literal en el curso de la interpretación³. Si escuchamos, como en el ejemplo de Davidson (1978: 248), que “Tolstoy es un niño moralizante”, to-

² Dos buenas revisiones generales del campo de discusiones teóricas en torno a la metáfora como fenómeno lingüístico se hallan en Moran 1997 y Bustos Guadaño 1999.

³ Entre los muchos representantes de este enfoque general podemos incluir, a pesar de sus muchas diferencias, a muchos de los trabajos clásicos dentro del renovado interés en la metáfora durante la segunda mitad del siglo pasado, como Black 1954 y 1979, Beardsley 1962, Weinreich 1966, y Levin 1977.

mamos entonces “niño” en un sentido metafórico y buscamos cuál es la propiedad que los niños y Tolstoy pueden tener en común, propiedad que podríamos luego parafrasear a través de una expresión no-metafórica. De este modo, habremos encontrado qué es exactamente lo que significa “niño” metafóricamente.

Estas posiciones, como señala Camp (2006), se vieron rápidamente cercadas por dos problemas fundamentales: en primer lugar, no todas las metáforas son literalmente falsas o absurdas; algunas, de hecho, son incontestablemente verdaderas tomadas en su literalidad. Pensamos, por ejemplo, en la famosa línea del poema de John Donne, “ningún hombre es una isla”⁴. El contraste entre ambos casos, la falsedad patente de “Julietta es el sol” y la verdad obvia de “Ningún hombre es una isla,” parecen apuntar más bien en dirección a una caracterización no-semántica en términos de relevancia contextual, ya que la evaluación semántica de cada enunciado como verdadero o falso claramente no es lo diferencial de estos casos. El segundo problema que enfrentaron las concepciones semánticas estuvo dado porque todas daban de alguna forma por supuesta la idea de que la construcción metafórica sólo podía operarse sobre los rasgos que ya eran parte del significado literal de las palabras; y sin embargo casi cualquier palabra puede ser usada metafóricamente y cualquier palabra dada puede ser usada para producir una amplia gama de significados metafóricos, de modo que la noción de significado metafórico corría el riesgo de verse desbordada ante una multiplicación infinita de significados que, al menos bajo ciertas interpretaciones de este escenario, resultaría incompatible con el grado mínimo necesario de regularidad que supone la práctica lingüística.

⁴ En la meditación XVII de sus *Devotions upon Emergent Occasions*, de 1624.

Problemas de este tipo llevaron a Davidson y a otros a pensar que quizás la metáfora pudiese entenderse mejor en términos no-semánticos. La *concepción causal*, como podemos llamarla, preconizada por Davidson (1978), rechaza completamente la noción de “significado metafórico” y nos da una visión de la metáfora ante todo como una *acción* que provoca o puede provocar ciertos tipos de efectos sobre su audiencia, y que tiene un efecto disruptivo precisamente porque no puede ubicársela dentro de las coordenadas semánticas usuales para la mutua interpretación de hablantes y oyentes. Se trata, para Davidson, de un modo de *producir un efecto* y no de *transmitir un mensaje*. Si decimos que una expresión tiene determinado significado, en el sentido relevante para la descripción de la práctica lingüística, lo que estamos diciendo es que esa expresión tiene un lugar reconocido y reconocible dentro de un determinado juego de lenguaje, que sabemos cómo se la usa en esos contextos, cuáles contarían como condiciones apropiadas para su uso correcto y qué consecuencias podrían extraerse de tal uso, bajo circunstancias normales. Para la concepción causal, la metáfora no es ese tipo de uso lingüístico. En términos de Rorty, “usar una metáfora durante una conversación es como hacer una pausa de repente para ‘poner una cara’, o para sacar una fotografía del bolsillo y mostrarla, o para señalar a algún rasgo particular de nuestro entorno, o para abofetear en la cara a nuestro interlocutor o besarlo” (1989: 18). En términos de Davidson:

Suponer que [una metáfora] sólo puede ser efectiva si codifica un mensaje es como pensar que un chiste o un sueño son afirmaciones que un intérprete inteligente puede luego formular en prosa ordinaria. El chiste, el sueño y la metáfora pueden llevarnos a apreciar la importancia de cierto hecho, tal como pueden hacerlo una foto o un golpe en la cabeza – pero no representando o expresando ese hecho. (1978: 262)

En lo que sigue exploraremos el entramado conceptual de la concepción causal, enfocándonos en primer lugar en su discusión contra la concepción semántica, que abordaremos en la próxima sección. Allí analizaremos cómo se articulan estas ideas de Davidson en el contexto de otros elementos de su filosofía del lenguaje y, en particular, de su tratamiento de la noción de significado y la distinción que supone entre *significado de la oración* y *significado del hablante*. En la tercera sección plantearé un problema interno al enfoque davidsoniano, en términos de cómo entender esta última distinción en términos propios del nominalismo de su concepción del lenguaje. Finalmente, a modo de conclusión, analizaré las consecuencias de adoptar este enfoque a la hora de pensar a las metáforas como vehículos para la transmisión de contenido cognitivo.

2. LA CONCEPCIÓN CAUSAL FRENTE A LA CONCEPCIÓN SEMÁNTICA

Los críticos de la concepción causal han señalado en ocasiones que al retirar a la metáfora del campo semántico nos vemos obligados a pagar un precio excesivo, al privarnos de evaluar semánticamente a las expresiones metafóricas como verdaderas o falsas⁵. Ante estas críticas debemos decir primero, con Rorty (1987), que es crucial ubicar a la propuesta de Davidson en el marco del intento por superar la idea de que el único elogio que podemos hacer de una forma de discurso es decir que tiene contenido cognitivo⁶. Al mismo tiempo, sin embargo,

⁵ Así, por ejemplo, Goodman 1979.

⁶ De hecho, como muestra el argumento de Rorty en *Contingencia, ironía y solidaridad*, entender la metáfora en términos no-semánticos puede ser un modo de defender su importancia como dispositivo epistemológico y no de subestimarla, en cuanto es ese elemento disruptivo, esa superación del uso establecido y reglamentado, lo que permite que una metáfora pueda abrir el camino para el desarrollo de nuevos vocabularios y nuevas teorías. Desde esta perspectiva la metáfora tiene un papel central para toda innovación conceptual, en la medida en que lo que estará en juego será siempre la disputa por la aceptación de usos novedosos del lenguaje. Es este sentido

ha sido común (mal)entender la propuesta filosófica de Davidson como un intento de revivir, por otras vías, a la vieja tradición platónica de desvalor del discurso metafórico, a partir de la distinción fuerte que implica entre usos establecidos y regulares, literales, del lenguaje y los usos anómalos-metafóricos, excluyendo a éstos además del ámbito de lo semántico.

Dada la tendencia a confundir el enfoque pragmatista de Davidson⁷ con la tradición platónica, puede ser buena idea ante la discusión que sigue comenzar por establecer algunos rasgos de los que, según creo, cualquier análisis de las expresiones metafóricas debería poder dar cuenta. Podemos decir, primero, que cuando comprendemos una metáfora advertimos que uno o más de los elementos que componen esa expresión están siendo usados por el hablante de un modo irregular o no estándar. Comprender una metáfora implica también (en muchos casos, si no en todos) estar en condiciones de apreciar uno o más *puntos* que son *en algún sentido* señalados por medio de esa emisión, aun cuando esos puntos señalados no se correspondan con lo que las palabras usadas significan (literalmente). Finalmente, una vez que captamos o creímos captar el punto señalado por la metáfora podemos (en muchos casos, al menos) evaluar la corrección de lo señalado o la conveniencia del acto de señalar ese punto. De este modo, cuando leemos en Kant que la metafísica es un campo de batalla, comprendemos que la expresión “es un campo de batalla”, al menos,

el que resalta Rorty al referirse a personajes como Galileo o a Newton como ‘poetas’. Ver Rorty 1989, cap. 1 y también el interesante contrapunto entre Rorty y Mary Hesse en torno al papel de las metáforas en ciencia en Rorty 1987 y Hesse 1987.

⁷ A pesar de las protestas del propio Davidson (cf. 1984: xviii), sigo a Rorty al pensar que el proyecto filosófico davidsoniano puede ser más fructíferamente entendido si lo pensamos como parte de la tradición pragmatista. En este sentido, véase especialmente Murphy 1990, cap. 8. A los fines de la presente discusión, sin embargo, nos alcanza con notar que Davidson se opone a la tradición platónica y propone una teoría centrada en el análisis pragmático del discurso.

debe ser interpretada de un modo *en algún sentido* irregular o no-estándar, y comprendemos también que al realizar esa afirmación Kant *no* está diciendo que la metafísica sea (literalmente) un lugar tal que en él tuvo lugar un combate, sino que está señalando otra cosa por medio de una oración que significa que la metafísica es un campo de batalla. Podemos también fácilmente comprender al menos algunos de los puntos señalados por esa metáfora, aun sin suponer que dichos puntos puedan ser señalados exhaustivamente (y dejando de lado la cuestión de cuánto acuerdo intersubjetivo puede alcanzarse en la interpretación de la metáfora). En este caso, entendemos que, entre otras cosas, Kant *en algún sentido* está diciendo que los temas centrales de la metafísica son objeto de grandes disputas. Una vez que comprendimos dicho punto, podemos encontrar que acordamos o rechazamos la concepción de la metafísica que supone, así como podemos establecer discusiones respecto de la corrección o la conveniencia de afirmar que la metafísica es un campo de batalla. Estos no son, sin duda, todos los rasgos de la metáfora que esperamos que un análisis filosófico interesante pueda explicar pero sí pueden servirnos como punto de partida. Una visión acerca de la metáfora que niegue alguno de estos rasgos debería, según creo, ofrecer razones de peso para ese rechazo.

Para analizar la concepción causal, es fundamental despejar desde el inicio la sensación de que implica rechazar todos o algunos de los rasgos que mencioné recién. No se pretende negar que las metáforas tengan (o puedan tener, en muchos casos) lo que llamamos un *punto*. Usualmente podemos poner ese punto en palabras (aun si nunca pudiésemos agotarlo, explicitarlo de forma completa y exhaustiva) y, en muchos casos al menos, nada nos impide evaluar el punto de la metáfora así expresado como verdadero o falso, adecuado o inadecuado, atinado o desatinado. La concepción causal no tiene por qué negar nada de eso. Sin embargo, a pesar de que no pretende negar ninguno

de esos rasgos, insiste en que es un error pensar lo que sucede cuando comprendemos una metáfora como la captación de un “significado metafórico”.

Mi primer punto de interés será tratar de separar dónde el enfoque de Davidson representa un quiebre con los enfoques semánticos tradicionales y dónde su diferencia es meramente terminológica. Davidson introduce una distinción clave, que miraremos de cerca en lo que sigue: la distinción entre *lo que significan las palabras*, por así decirlo, en sí mismas y *lo que quiere decir el hablante* al usarlas en un momento determinado (1978: 247). En nuestro idioma, esta distinción se refleja en el contraste entre preguntas del tipo de “¿qué quiere decir ‘poliedro’?” y preguntas del tipo de “¿Qué quisiste decir con que la situación es insostenible?”. Las primeras son normalmente preguntas acerca del significado de una palabra o expresión, mientras que las segundas son normalmente preguntas acerca de nuestras intenciones o nuestras creencias, no acerca del significado de las palabras que utilizamos. Esta distinción -una forma de distinguir entre semántica y pragmática- excede, desde ya, el análisis de los usos metafóricos del lenguaje. Dejando de lado los detalles, todos entendemos que una expresión como “la cena está servida” puede ser utilizada bajo las condiciones adecuadas para emitir una orden, indicando a los comensales que se espera que se acerquen a la mesa. Cuando un hablante emite dicha orden diciendo “la mesa está servida”, eso no implica, sin embargo, que sus palabras adquieran, bajo dicho uso, un significado nuevo. Diremos en ese caso que el hablante emitió una orden que sería satisfecha si sus destinatarios se acercaran a la mesa, y lo hizo mediante la emisión de una expresión que significa que la cena está servida. Una expresión como “¡qué flaco que estás!”, por ejemplo, puede ser utilizada para describir un estado de cosas, para hacer un chiste o para (intentar) agraviar a una persona. Sin embargo, cualquier análisis de esos diferentes usos de la expresión debe partir de la

base de que hay un sentido en que esas palabras quieren decir lo mismo a través de esos diferentes usos.

Siguiendo con el mismo ejemplo, todos comprendemos sin mayores problemas que, en cierto tipo de circunstancias, la oración “¡qué flaco que estás!” puede ser utilizada por un hablante para afirmar exactamente lo contrario de la proposición expresada por esas palabras. Utilizando la expresión irónicamente, puedo afirmar, mediante esas mismas palabras, que la persona en cuestión está gorda o subió de peso. Ahora bien, ¿por qué no decir que, en ese uso particular, la oración “¡qué flaco que estás!” *significa* “estás gordo”? Aquí es donde podemos empezar a separar las discrepancias terminológicas de las diferencias de fondo. Podríamos, si así lo quisiéramos, llamar “significado” de una expresión a lo que el hablante quiere decir utilizándola en una situación particular, pero lo que no deberíamos hacer es desdibujar la distinción entre lo que significa esa oración y lo que el hablante quiso decir al decirla. Desde la perspectiva de Davidson, la razón principal para resistir esa asimilación es que (la mayoría de) los innumerables “significados metafóricos” con los que puede usarse una oración en (los infinitos) contextos particulares no podrían ser ubicados como parte de una regularidad sistemática en la descripción de las habilidades lingüísticas de los hablantes⁸. En diferentes contextos, un hablante puede utilizar la misma oración queriendo decir con su emisión cosas muy diferentes, y un intérprete competente estará en condiciones de comprender que en un caso particular un hablante quiso decir de otra persona que estaba gorda emitiendo una oración que significa que esa persona estaba flaca.

⁸ Es este papel sistemático en la descripción de la práctica lingüística el que le da poder explicativo al concepto de significado (1978: 247). Esta es una idea central en los artículos clásicos de Davidson sobre la noción de significado. Ver Davidson 1967, 1970.

El punto importante aquí es que la comprensión de lo que el hablante quiere decir con sus palabras en un uso particular depende crucialmente de la comprensión de lo que sus palabras significan. Cualquiera sea la intención con la que el hablante dijo sus palabras, la primera de ellas deberá ser que el intérprete comprenda que sus palabras significan que esa persona está flaca⁹. Si el hablante no comprendiera que “Juan está flaco” significa que Juan está flaco, no podría comprender que en ese uso particular el hablante pretende dar a entender exactamente lo contrario de lo que sus palabras significan.

Quizás convenga aquí introducir algunas precisiones sobre las intenciones que acompañan a las emisiones. Yo puedo decir a otra persona “el piso está húmedo” con la intención de transmitir cierta información, con la intención de realizar una advertencia, con la intención de evitar que esa persona se golpee, etc. Al decir esas palabras, pretendo también que mi interlocutor reconozca una cierta fuerza ilocucionaria en mi acto de habla, en este caso, la de realizar una afirmación. Éstas y todas las demás intenciones que pueda poner en juego el hablante en su emisión pueden ser ordenadas como una secuencia de intenciones encadenadas, donde cada una supone a la anterior como medio para un fin (pretendo transmitir información para realizar una advertencia, para evitar que la persona se golpee, para ganar el reconocimiento de esa persona, y así sucesivamente). El punto que señala Davidson es que, sean cuales fuesen esas intenciones en esta emisión particular, la primera de ellas en la secuencia siempre deberá ser que el intérprete reconozca que las palabras utilizadas por el hablante significan que el piso está húmedo. La misma consideración aplica a los usos del lenguaje en donde hay una divergencia entre lo que signifi-

⁹ Ver Davidson 1986: 257. La fuente de inspiración de este análisis de las intenciones y expectativas de los hablantes es, desde ya, el análisis clásico de Grice (ver, por ejemplo, Grice 1975).

can las palabras usadas por el hablante y lo que éste quiso decir con ellas. Cuando digo irónicamente “Juan está flaco” con la intención de que el intérprete comprenda que estoy afirmando que Juan está gordo, esa intención sólo podría ser satisfecha (como cualquier otra) a partir de la intención previa de que el hablante comprenda que “Juan está flaco” significa que Juan está flaco.

Con estas distinciones bajo el brazo, podemos ahora hacer un nuevo intento por precisar cuál es la tesis de Davidson respecto de la idea “significado metafórico”. Como vimos, el significado “literal” cuenta siempre con una prioridad respecto de cualquier otra cosa que queramos llamar significado, en cuanto es siempre *primero* en el orden de la interpretación. Luego, podríamos optar, si así lo quisiésemos, por llamar “significado metafórico” al punto señalado por el hablante en ese uso particular, pero esto no debería oscurecer el hecho de que la atribución de ese ‘significado’ a esa oración no cumple un papel sistemático en la descripción de la competencia lingüística de los hablantes de ese lenguaje. El problema que esto implica está dado por el hecho de que la utilidad explicativa de la noción de “significado” deriva de la posibilidad de describir sistemáticamente las habilidades lingüísticas de los hablantes. Al introducir la noción de ‘significado metafórico’, entonces, no sólo estaríamos abusando del concepto de ‘significado’, sino que estaríamos extendiéndolo en una dirección que lo vacía de utilidad explicativa. El desafío que plantea la metáfora para la filosofía del lenguaje es el de explicar cómo es que la oración “la metafísica es un campo de batalla” puede ser usada para señalar, digamos, que los temas centrales de la metafísica son objeto de grandes disputas. Decir que en ese uso particular la oración adquiere un “significado metafórico” *ad hoc* es simplemente invocar una *virtus dormitiva* y carece de toda fuerza explicativa. A pesar de que podemos entender perfectamente la noción de usos no-literales del lenguaje,

no es nada claro cómo habríamos de entender la noción de “significado no-litera”.

3. UN PROBLEMA PARA LA CONCEPCIÓN CAUSAL

La presentación misma de la concepción causal de Davidson, según vimos, supone invocar la distinción entre lo que la oración utilizada por el hablante significa y lo que el hablante quiso decir al decir esas palabras. Para completar nuestro análisis necesitamos ahora incorporar una complicación adicional, que está dada por la tesis de Davidson según la cual lo que es objeto de interpretación y lo que tiene significado en un sentido primario son precisamente las emisiones y no las oraciones ni las palabras entendidas como objetos abstractos. Davidson concede una total prioridad a las emisiones sobre las oraciones en al menos en dos sentidos diferentes. En primer lugar, tenemos un posicionamiento ontológico nominalista: lo único que encontramos son hablantes que realizan e interpretan diferentes tipos de emisiones, y simplemente no existen las oraciones fuera de contextos de uso determinados¹⁰. En segundo lugar, dejando de lado la cuestión ontológica, la teoría davidsoniana de la interpretación marca claramente tal prioridad en cuanto son dentro de su esquema las emisiones, y no las oraciones, las que son objeto de interpretación; las oraciones, en abstracción de un uso particular, sólo tienen significado en un sentido derivado a partir de su utilización en emisiones significa-

¹⁰ El punto es desarrollado por Davidson en “La segunda persona”, donde marca un contraste entre la concepción del lenguaje como objeto abstracto y las conductas lingüísticas concretas, situadas en el espacio y el tiempo, de los hablantes que utilizan diversas expresiones: “Hablamos tan libremente acerca del lenguaje, o de los lenguajes, que tendemos a olvidar que no existen tales cosas en el mundo; sólo existen personas y sus diversos productos escritos y acústicos. Este punto, en sí mismo obvio, es sin embargo fácil de olvidar, y tiene consecuencias que no son universalmente reconocidas” (Davidson 1992: 108).

tivas particulares. El problema que quiero señalar es: con estas tesis en mente, ¿qué contenido puede darse al contraste entre lo que significan las palabras y lo que el hablante quiere decir por medio de ellas? Las oraciones no existen realmente fuera de uso en contextos particulares, y si las emisiones no tuviesen significado, nada lo tendría. ¿Qué modo tenemos entonces de entender la referencia a “lo que las oraciones significan” como algo diferente a lo que los hablantes quieren decir con ellas en contextos determinados?

No es sencillo comprender a qué apunta esa pregunta porque estamos demasiado acostumbrados a un cierto tipo de respuesta. La respuesta tradicional, en sus rasgos esenciales, es que una oración como “Juan está flaco” tiene el significado que tiene en virtud de su ubicación dentro del sistema del lenguaje español. Los hablantes del español pueden utilizar esa oración con diversos fines, y es el conocimiento o dominio que tienen los hablantes sobre el sistema del lenguaje y el papel que ocupa esa oración dentro de tal sistema lo que hace posible que hablantes e intérpretes se entiendan al utilizar dicha oración¹¹. Un enfoque de este tipo permite dar sentido a la idea de “lo que las palabras significan”, pero es precisamente este enfoque el que Davidson rechaza al negar que el concepto platónico de un sistema del lenguaje español tenga instanciaciones y al negar que atribuir a

¹¹ Muchas teorías clásicas del lenguaje responden a este esquema general. Dos ejemplos obvios y muy influyentes de posiciones de este tipo en lingüística son el estructuralismo de Saussure (1916) y el programa de investigación de la gramática generativa (Chomsky 1986). La teoría davidsoniana de la interpretación implica, en cambio, una visión dinámica y creativa de la competencia lingüística, en cuanto lo que permite a un hablante/intérprete seguir en el juego no es la posesión de una teoría particular sino la habilidad de construir teorías nuevas para enfrentar las cosas más ordinarias o más extraordinarias que los miembros de su comunidad pueden decir. Si existe algo así como “el lenguaje”, para Davidson, es como un patrón dinámico de regularidades en las emisiones de cierta comunidad de hablantes. Sobre este punto, ver Ramberg 1989, cap. 8.

los hablantes conocimiento o dominio de tal sistema sea esencial para la descripción de su competencia lingüística¹². Lo que estoy planteando, entonces, no es realmente un problema respecto de la adecuación de la distinción que utiliza Davidson sino respecto de los recursos teóricos que resultan necesarios para que la distinción sea viable. Davidson escribe en ocasiones como si el modo tradicional de dar sentido a la distinción estuviera disponible dentro de su enfoque, pero claramente lo que necesitaremos es dotar de sentido a la distinción de alguna otra forma. Si “lo que las oraciones significan” no puede ser especificado señalando el lugar que ocupan en el sistema de la lengua, ¿cómo podemos dotar de contenido a esa distinción?

Según vimos, “lo que las palabras significan” no puede ser lo que significan aisladas de todo contexto de uso en una emisión, ya que estrictamente las oraciones sólo tienen significado en la medida en que son usadas. Pero puede retenerse un sentido debilitado de la noción a través de la referencia a las expectativas de base de hablantes e intérpretes respecto del significado de las oraciones. Si esto es así, entonces podemos pensar que el significado de una oración está dado por el lugar que ocupa tal oración dentro de la “teoría del significado” de hablantes e intérpretes. Esto es, “lo que una oración significa” es para el hablante el modo en que espera que esa oración sea interpretada por su interlocutor, y es para el intérprete el modo en que está dispuesto a interpretar una emisión de oración. Una complicación adicional está dada por el hecho de que las respectivas teorías del significado con que inician una conversación dos personas son actualizadas de modo dinámico durante la misma conversación (1986: 260). De este modo, desde la perspectiva de Davidson, si acordáramos en este

¹² Esta es la conclusión radical de la versión dinámica de su teoría de la interpretación en Davidson 1986 pero está implicada ya en la posición que defiende en Davidson 1982.

momento que utilizaremos la palabra “nube” para designar a los artículos de filosofía, y yo procediera luego a afirmar “estoy escribiendo una nube”, mi afirmación sería literalmente verdadera¹³. Lo que hace que una oración tenga un significado determinado y no otro, más allá de que ese significado sea relativamente estable o sea enteramente transitorio, es el lugar que ocupa esa oración en las “teorías del significado” con que los hablantes se interpretan unos a otros¹⁴. Ese significado es, como vimos antes, primero en el orden de la interpretación. Como hablante, la primera de mis intenciones es que mis interlocutores interpreten correctamente el significado de mis palabras (como un medio para satisfacer las demás intenciones involucradas en mi acto de habla). Al hablar, entonces, debo tener cierta idea de qué significado puede asignarse a mis oraciones en la teoría del significado de mis interlocutores. Y lo mismo sucede desde el lado del intérprete; la habilidad que tengo para interpretar las emisiones de los demás puede ser caracterizada como mi disposición a entender que la oración “el piso está mojado” es verdadera sí y sólo si el piso está mojado. Ese “significado primero”, literal, es necesariamente mi punto de partida para el análisis, usualmente complejo, del enjambre de intenciones del hablante al utilizar esa expresión.

4. METÁFORA Y CONTENIDO COGNITIVO

Antes de terminar quisiera volver a nuestra primera discusión sobre el contenido cognitivo de las metáforas para plantear todavía una última cuestión. Nuestro recorrido empezó con un intento por preci-

¹³ Es precisamente esta peculiaridad de su visión dinámica del ámbito de lo “literal” lo que lleva a Davidson a dejar de lado la etiqueta de ‘significado literal’ en favor de la de ‘significado primero’ (Davidson 1986).

¹⁴ Esta es la noción central que se mantiene desde el temprano Davidson 1967 hasta el enfoque dinámico, interactivo y temporalmente extendido que presenta en Davidson 1986.

sar el origen y el alcance preciso de las críticas de Davidson a la noción de “significado metafórico”, esto es, por tratar de clarificar en qué sentido pensó Davidson que una metáfora puede tener un *punto* aun cuando las palabras utilizadas sólo signifiquen lo que significan literalmente. Lo que encontramos es que la objeción principal de Davidson es contra la idea de que al usar sus palabras metafóricamente un hablante esté dotando de ese modo a esas palabras de un significado nuevo, ad hoc, diferente del literal. Al decir “la metafísica es un campo de batalla”, Kant está señalando hacia ciertas similitudes entre la metafísica y los campos de batalla, y lo está haciendo mediante la emisión de una oración que significa que la metafísica es un campo de batalla, y no ninguna otra cosa. Ahora, una vez que aclaramos el alcance de la tesis de Davidson respecto del supuesto “significado metafórico” que adquirirían ciertas palabras al ser usadas metafóricamente, podemos preguntarnos si esto equivale sin más, como a veces parece sugerir, a la idea de que las metáforas no son un vehículo para la transmisión de ideas. Querría proponer que las dos tesis no son equivalentes y que la segunda implica un elemento nuevo que no consideramos hasta ahora.

Hay un sentido obvio en que la tesis contra la noción de significado metafórico sí implica que las metáforas no pueden ser vehículos para la transmisión de ideas. Si la oración usada metafóricamente no tiene otro significado más allá del literal, entonces está claro que la oración misma no puede ser un vehículo para la transmisión de ese significado. Pero no debemos confundir ese punto con que el hablante no pueda utilizar esas palabras, con ese significado literal, para afirmar otra cosa diferente de la proposición expresada por las palabras que usa. Eso es lo que sucede, como vimos antes, en el caso de la ironía. Cuando digo irónicamente “Juan está flaco” estoy afirmando que Juan está gordo, aun si lo hago a través de la emisión de una oración que significa que Juan está flaco. Hasta ahí nos lleva la distinción en-

tre lo que significan las palabras y lo que el hablante quiere decir al usarlas, pero eso no es todo lo que dice Davidson respecto de las metáforas. De acuerdo al análisis de Davidson, la metáfora de Kant señala hacia ciertas similitudes entre la metafísica y los campos de batalla pero no equivale a una afirmación de que los temas centrales de la metafísica sean objeto de grandes disputas. Es decir, no sólo sería un error identificar al punto de la metáfora con un significado metafórico de las palabras utilizadas, sino que también sería un error decir que el punto de la metáfora está siendo afirmado.

Creo que la clave para entender esta última idea de Davidson radica en que la metáfora señala hacia ciertas similitudes pero no *dice* cuáles son esas similitudes. Cuando Romeo dice “Julieta es el sol”, advertimos quizás una referencia al sol como fuente de calor, como condición de la vida, como centro orbital, y dejamos de lado la referencia al sol como un cuerpo de dimensiones astronómicas, pero nada eso está *dicho* al decir “Julieta es el sol”, sino que queda completamente del lado de las responsabilidades del intérprete. Y no sólo la metáfora no señala explícitamente, por así decirlo, hacia una similitud en particular como la similitud que está haciendo afirmada, sino que no hay ningún motivo para suponer que las similitudes relevantes se encuentren definidas. Por ello resulta un hecho central para la concepción causal que, si pensáramos en la idea de abarcar todos los puntos señalados al decir “Julieta es el sol”, la noción de haber completado la enumeración de esos puntos no tendría aplicación, entre otras cosas, porque algunos de los puntos que la metáfora nos puede hacer advertir resultarán difíciles o imposibles de capturar en términos proposicionales. Por esto es también que la interpretación de una metáfora demanda usualmente un esfuerzo creativo por parte del intérprete (aun cuando toda interpretación involucra creatividad), y es por esa misma razón también que puede haber mejores y peores interpretaciones de una misma metáfora, según el conocimiento, el ingenio y la

habilidad que el intérprete ponga en juego en su interpretación (eso es, como señala Davidson, lo que se supone que un crítico literario debería poder hacer bien).

Ahora bien, ¿implica esto que el hablante no quiere decir nada con su emisión más allá de lo que la oración usada significa literalmente? En la respuesta de Davidson a esta pregunta ocupa un lugar central la idea de que una metáfora es una invitación abierta a ver ciertas similitudes, y es esta apertura la que resulta en la imposibilidad de parafrasear completamente el punto de la metáfora a través de una enumeración de proposiciones, privando a la metáfora, como consecuencia de ello, de un contenido determinado evaluable semánticamente. Debemos tener cuidado, sin embargo, a la hora de pensar las consecuencias de esta posición, ya que nada en este enfoque es incompatible realmente con entender que señalar ciertas similitudes entre Julieta y el sol es parte de la intención de Romeo al decir “Julieta es el sol”. Aun cuando sea correcto reconocer que no es parte de lo que quiere decir la emisión del hablante el señalar ninguna similitud en particular, nada impide reconocer que al decir “Julieta es el sol” el hablante está asumiendo un compromiso con la afirmación de que existen ciertas similitudes relevantes entre Julieta y el sol, y podemos considerar que eso es parte de lo que el hablante quiso decir al decir “Julieta es el sol”¹⁵. En este punto es importante recordar que Davidson está pensando siempre en metáforas *vivas*, que son dichas e interpretadas por hablantes y oyentes como metáforas, en contraste con los usos del lenguaje que, a pesar de tener origen en un uso metafórico anterior, tienen ya un sentido establecido y no funcionan, por tanto, como invitaciones abiertas a advertir similitudes (como en “Juan

¹⁵ Davidson no parece dar importancia a esta posibilidad, fundamentalmente porque supone que todo enunciado que afirma una similitud entre dos cosas es trivialmente verdadero (en cuanto cualquier cosa es trivialmente similar a cualquier otra en algún sentido suficientemente amplio, ver 1978: 257).

tomó del pico de la botella”). Sin embargo, la distinción entre metáforas vivas y metáforas muertas es, en última instancia, una distinción entre las expresiones que tienen un lugar definido (aunque nunca perfectamente determinado ni fijado) dentro de los juegos de lenguaje en que figuran y las expresiones que, precisamente por no tener un lugar definido, causan sobre nosotros un efecto que no es un *decir* algo sino un modo abierto de sugerirlo¹⁶. Lo importante aquí para nosotros es que esa distinción, pensada de ese modo como una distinción entre expresiones con usos más o menos establecidos, es una distinción de grado y no una dicotomía. En particular, una concepción causal à la Davidson no tiene por qué negar que, en algunos casos, el campo de sugerencias de una metáfora puede ser más o menos abierto que el de otra en función de qué tan establecido se encuentre ese uso particular. Después de todo, “Julietta es el sol” es también parte de una familia reconocible de metáforas y tiene, en ese sentido, un uso que podemos considerar semi-establecido. También pensando en la poesía, muchas veces se ha sostenido (entre otros, por Borges 1921, 2000) que pueden identificarse ciertos patrones recurrentes en el uso de tópicos metafóricos (con infinitas variaciones dentro de cada tópico), mientras que las metáforas totalmente novedosas son un hallazgo infrecuente, casi milagroso.

Finalmente, dejando de lado ahora lo determinable o indeterminable del punto señalado en una emisión metafórica, no debemos olvidar tampoco que, como acto de habla, toda emisión está sujeta siempre a consideraciones pragmáticas de relevancia. Si encontráramos conveniente afirmar, por ejemplo, como hacen muchos teóricos en filosofía de la mente y ciencias cognitivas, que la mente es una computadora, estaríamos señalando a ciertas similitudes entre las mentes y las com-

putadoras, a través de una emisión que significa que la mente es una computadora, pero también estaríamos asumiendo un compromiso respecto de la existencia de tales similitudes y, en particular, estaríamos adoptando una posición respecto de la pertinencia de subrayar tales similitudes en un contexto determinado (o, en general, respecto de la pertinencia de subrayar tales similitudes para el estudio de la mente humana). Si otros psicólogos prefiriesen en cambio rechazar que la mente sea una computadora, lo que pretenderían hacer no es negar algún sentido trivial en que una mente pueda ser como una computadora, sino negar la existencia de las similitudes hacia las que señalan los psicólogos cognitivos, o negar al menos la utilidad o la conveniencia de reparar en tales similitudes como estrategia heurística ante la investigación en psicología. De este modo, podríamos dar contenido a la posibilidad de discutir acerca de las implicaciones de un uso metafórico del lenguaje sin la necesidad de suponer que ese uso equivale a la afirmación de alguna similitud en concreto¹⁷.

BIBLIOGRAFÍA

- Ayer**, Alfred (1937), “Verification and Experience”, reimpresso en A. Ayer (ed.) *Logical Positivism* (1959, New York: The Free Press).
- Beardsley**, Monroe (1962), “The Metaphorical Twist”, *Philosophy and Phenomenological Research*, 22, 3: 293-307.
- Black**, Max (1954), “Metaphor”, *Proceedings of the Aristotelian Society*, 55: 273-294.
- Black**, Max (1979), “How Metaphors Work: A Reply to Donald Davidson”, *Critical Inquiry*, 6, 1: 131-143.
- Borges**, Jorge Luis (1921), “La metáfora”, reimpresso en *Textos Recobrados 1919-1929* (Buenos Aires: Emecé).
- Borges**, Jorge Luis (2000), *This Craft of Verse*, editado por Calin-Andrei Mihailescu (Cambridge, Mass.: Harvard University Press).

¹⁶ En este punto puede recordarse la famosa distinción entre *decir* y *mostrar* que presenta Wittgenstein en el *Tractatus* (Wittgenstein 1921, 4.1212).

¹⁷ Agradezco los valiosos comentarios de un evaluador(a) anónimo que permitieron mejorar la versión original de este artículo.

- Bustos Guadaño**, Eduardo (1999), “Metáfora”, en Marcelo Dascal (ed.) *Filosofía del Lenguaje II. Pragmática*, Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía, tomo 18 (Madrid: Trotta).
- Camp**, Elizabeth (2006), “Metaphor in the Mind: The Cognition of Metaphor”, *Philosophy Compass*, 1, 2: 154-170.
- Carnap**, Rudolf (1932), “The Elimination of Metaphysics through Logical Analysis of Language”, reimpresso en A. Ayer (ed.) *Logical Positivism* (1959, New York: The Free Press)
- Chomsky**, Noam (1985), *El conocimiento del lenguaje*, traducción de Eduardo Bustos Guadaño (Madrid: Alianza).
- Davidson**, Donald (1967), “Truth and Meaning”, reimpresso en Davidson (1984: 17-36).
- Davidson**, Donald (1970), “Semantics for Natural Languages”, reimpresso en Davidson (1984: 55-64).
- Davidson**, Donald (1978) “What Metaphors Mean”, reimpresso en Davidson (1984: 245-264).
- Davidson**, Donald (1982), “Communication and Convention”, reimpresso en Davidson (1984: 265-280).
- Davidson**, Donald (1984), *Inquiries into Truth and Interpretation* (Oxford: Clarendon Press).
- Davidson**, Donald (1986), “A Nice Derangement of Epitaphs”, reimpresso en Lepore y Ludwig (comps.) *The Essential Davidson* (2006, Oxford: Oxford University Press).
- Davidson**, Donald (1992), “The Second Person”, reimpresso en Davidson (2001) *Subjective, Intersubjective, Objective* (Oxford: Oxford University Press).
- Goodman**, Nelson (1979), “Metaphor as Moonlighting”, *Critical Inquiry*, 6, 1: 125-130.
- Grice**, Paul (1975), “Logic and Conversation”, en D. Davidson and G. Harman (eds.) *The Logic of Grammar* (Encino: Dickenson).
- Hesse**, Mary (1987), “Unfamiliar Noises. Tropical Talk: the Myth of the Literal”, *Proceedings of the Aristotelian Society*, 61: 297-311.
- Hobbes**, Thomas (1651), *Leviathan*, edición e introducción de Edwin Curley (1994, Indianapolis: Hackett).
- Lakoff**, George y Johnson, Mark (1980), *Metaphors We Live By*, (Chicago: University of Chicago Press).

- Levin**, Samuel (1970), *The Semantics of Metaphor* (Baltimore: John Hopkins).
- Moran**, Richard (1997), “Metaphor”, en Bob Hale y Crispin Wright (eds.), *A Companion to the Philosophy of Language* (Oxford: Blackwell).
- Murphy**, J. (1990), *Pragmatism. From Peirce to Davidson*, Boulder: Westview Press.
- Ramberg**, Bjorn (1989), *Donald Davidson’s Philosophy of Language. An Introduction* (Oxford: Basil Blackwell).
- Rivadulla**, Andrés (2006), “Metáforas y modelos en ciencia y filosofía”, *Revista de Filosofía*, Universidad Complutense de Madrid, 31, 2: 189-202.
- Rorty**, Richard (1987), “Unfamiliar Noises. Hesse and Davidson on Metaphor”, *Proceedings of the Aristotelian Society*, 61: 283-296.
- Rorty**, Richard (1989), *Contingency, Irony and Solidarity* (Cambridge: Cambridge University Press).
- Saussure**, Ferdinand de (1916), *Curso de Lingüística General*, traducción de Amado Alonso (1945, Buenos Aires: Losada).
- Weinreich**, Uriel (1966), “Explorations on Semantic Theory”, en T.A. Sebeok (ed.), *Current Trends in Linguistics: Theoretical Foundations* (The Hague: Mouton Press).
- Wittgenstein**, Ludwig (1921), *Tractatus Logico-Philosophicus*, trad. esp. L. Valdés Villanueva, Madrid: Tecnos, 2002.